

# Autogestión académica y universidad crítica<sup>1</sup>

José Revueltas

1. Para entender la problemática que implican los conceptos de *universidad crítica* y *autogestión*, es necesario acudir al examen de las significaciones del Movimiento de 1968 y analizar su contenido interno. En realidad hoy, en 1971, no podríamos estar hablando de tales conceptos como una *praxis a la vista* sin este ayer de 1968.

La *universidad crítica* y la *autogestión* son la resultante teórico-práctica del Movimiento del '68. Más aún, el Movimiento mismo de 1968 no fue sino la forma concreta, peculiar y propia con que se expresaron en México la *universidad crítica* y la *autogestión* como la actividad viviente, inexcusable, de las masas estudiantiles en el cuestionamiento social y político del país, cuestionamiento necesario, forzoso, que sigue en pie, pero que, además, *debe seguir en pie* y que, no cabe la menor duda, *seguirá en pie* a pesar de todos los obstáculos presentes y futuros que se interpongan. Sin obstáculo no hay combate; y el combate, la lucha de contrarios, es la vida, única afirmación real y suprema del hombre, del ser humano.

En este cuestionamiento reside nuestra gran tarea.

Con lo anterior, he querido afirmar la naturaleza esencial del Movimiento de 1968. El Movimiento de 1968 fue esencialmente un *acto teórico*, una *acción teórica*. ¿Qué se quiere decir con esto que, por otra parte, tiene una enorme importancia? Ante todo no se trata de desvalorizar la teoría subordinándola al practicismo y al activismo cegatones y vacíos de contenido. Tampoco se trata de afirmar que la teoría se haga en la calle –como piensan algunos– y nazca de la turbamulta: fue todo lo contrario de una turbamulta.

Lo que le da a nuestro Movimiento del '68 la naturaleza de un *acto teórico*, de una *acción teórica*, es exactamente la naturaleza misma de la teoría, su propia forma de ser, su razón de ser, su modo de actuar. La teoría es vindicativa: castiga a quien la mistifica y se venga inexorablemente de quienes la traicionan y abandonan. Decía Lenin algo muy ingenioso y certero refiriéndose a los extremistas de izquierda y a los anarquistas: “El anarquismo –decía– es el castigo con que el movimiento obrero paga sus pecados oportunistas”.

¿Y qué ocurría, qué ocurrió en 1968, no sólo en México sino en el mundo entero? Ocurría que el mundo llevaba más de 50 años

**«Nuestro Movimiento de 1968 en México ha de considerarse un acto, una acción teórica, como punto de partida para comprender otras de sus significaciones»**

de falsificaciones, deformaciones, mistificaciones y traiciones a la teoría revolucionaria, a las teorías revolucionarias, desde la muerte de Lenin. En 1968 los anquilosados partidos comunistas y socialistas, los burócratas sindicales, los jefes de Estado en países de economía estatalizada, escucharon –sólo escucharon, desgraciadamente– el anuncio –nada más que el anuncio, también por desgracia– del castigo histórico. Esto fue el movimiento de la juventud en Francia, en Japón, en

Estados Unidos, en México.

La juventud, así, recogió todas las banderas pisoteadas, desgarradas, escarnecidas. Todas eran banderas rojas. Siguen siendo banderas rojas. Tomó otra vez del brazo y la condujo entre los millones de manifestantes a la delicada, dulce, enérgica Rosa Luxemburgo; llevó consigo a

Carlos Liebknecht; rescató a Trotsky del frío silencio de una historia falsificada y fementida; el rostro noble y la hermosa cabeza de Ho Chi Minh presidían aquí y allá todas las asambleas en todos los puntos cardinales. Lo mismo la imagen de Mao como la de los comunistas checos de la primavera de Praga.

¿Qué significaba esto? Que la juventud tomaba por sí misma y la restituía en la acción, con el más creador y viviente contenido, la democracia socialista, suprimida por la burocracia mundial de todos los partidos. La antigua democracia del cuestionamiento libre, del juego de tendencias, del derecho a discrepar en el seno de todos los partidos obreros y revolucionarios, cualquiera que sea la plataforma política de estos. Tal es el extraordinario contenido teórico de 1968 en todas partes, en Tokio, en Berlín, en París, *en México*.

2. Repito, entonces, que nuestro Movimiento de 1968 en México ha de considerarse un acto, una *acción teórica*, como punto de partida para comprender otras de sus significaciones. Acto teórico, de un lado, por lo que ya hemos visto en cuanto a su inserción dentro de un contexto internacional; y del otro, por cuanto a sus

características propias y nacionales. El hecho de que se haya producido como un movimiento de la gran masa intelectual explica y hace más claro el problema, pero no lo esclarece por completo. Alguien acaso pudiera preguntarse: ¿Pero qué más nos da el que se califique de teórico o no teórico al Movimiento del '68? ¿Y en dónde reside la trascendencia de todo eso, fuera ya de la significación que tuvo —o tiene— y de los resultados prácticos políticos y sociales que ha acarreado? Esta pregunta no tendría razón, pues aquí no se trata, evidentemente, de una disquisición.

Entendamos aquí el *acto teórico* como el encuentro de ese tipo de ideas que, al entrar en contacto con una realidad dada, tienen la virtud de remover —trastornar— sus estratos más profundos. Tales ideas pueden no ser teóricas necesariamente. Lo que sí constituye el *acto teórico*, la acción teórica en *profundidad*, es la remoción, el trastorno de la realidad interna, trastorno y remoción que pueden adoptar las más diversas formas exteriores, al parecer ajenas al fenómeno interno y sin conexión con él. Ahora bien; este acto, acción o, en términos de dimensión más elevada, *movimiento teórico*, es precisamente lo que hace ser a la historia; lo que ha de convertirse en *historia real* proviene de allí, de este acto genético humano, pues ya sabemos que son los hombres quienes hacen la historia y es la historia la que los hace a ellos. El que los hombres tengan una conciencia precisa del tipo de historia que están haciendo, el que no la tengan o el que dicha conciencia no coincida con el curso histórico es un fenómeno aparte, que aquí no podremos tratar. Lo que quiero decir con esto es que si bien no puede hablarse, en términos de totalidad, de que existiera en el Movimiento del '68 un nivel teórico de cierta elevación, lo que sí puede afirmarse con toda certeza es que *todos* participábamos en un hacer de la historia; todos, sin distinciones jerárquicas. La jerarquía estaba por dentro del proceso revolucionario; lo más elevado, lo que se encontraba por encima de todo y de todos era —es— el contenido del Movimiento, o sea, el acto teórico colectivo, la acción histórica.

Ahora bien, ¿en qué consistía —en qué consiste, pues se trata de una tarea que sigue en pie— esta *acción histórica*? Consistía en desmitificar la historia del país; en iniciar, por primera vez, la apertura hacia la existencia de la *historia real* de México.

No veo por qué no deba decirse con una impiadosa objetividad quirúrgica: *México carece de historia real*; no tenemos una historia real: racional y real en sentido hegeliano; pero tampoco racional y real en el sentido más humilde y simple de la cotidianidad, de la inmediatez más pobre y menos humillante de no tenerle miedo al gendarme de la esquina.

3. La acción teórica, el acto histórico, no puede comprenderse sino en su fluir, unido a una sucesión de momentos que jamás ofrecen una continui-

dad lineal ni resisten una definición unívoca. Hay una especie de geología de las corrientes históricas, en que éstas se subsumen, recorren un trayecto subterráneo y tortuoso, para emerger años más tarde, bajo formas diferentes y actuadas por otros personajes.

A esta geología histórica es a la que debe nuestro Movimiento del '68 el haber podido expresarse como Universidad crítica y autogestión. Para entender esto, se hace preciso un breve examen del decenio de 1958-1968.

**«Universidad crítica y autogestión académica se revierten, así, en otros dos conceptos: conciencia libre y democracia cognoscitiva. No hay ninguna distancia entre ellos»**

Derrotada y reprimida la huelga ferroviaria de 1958-1959, se liquida de modo completo cualquier vestigio de independencia política y sindical del movimiento obrero, pero todavía más, cualquier expresión o actividad independientes de no importa cuáles fueran los grupos o clases sociales que aspiraran a dicha

independencia, por precaria y relativa que fuese. Puede decirse que es en este decenio donde el monopolio de la elite del poder llega a su punto más elevado. Se desencadena, dentro de estas condiciones, el Movimiento Estudiantil de 1968.

De este modo, la Universidad, el Politécnico, Chapingo, las Normales y todo el estudiantado se encuentran de pronto ante la tarea gigantesca de desempeñar el papel, impuesto por las circunstancias, de convertirse en la conciencia nacional del país. Esa inmensa parte de la conciencia nacional en la cual se encontraban sus propios padres y el conjunto, aunque no ligado a la educación superior, de las clases medias, conciencia herida en sus aspiraciones a la libertad, a la democracia y la cultura y que no aspira únicamente al solo goce del bienestar económico.

Resulta así perfectamente explicable y lógico que esta conciencia colectiva nacional –conciencia democrática, que aspira a la independencia política y a la libertad– se exprese, a través del Movimiento del '68, con el lenguaje del proletariado, con el lenguaje de la clase obrera, pues se actuaba bajo el

efecto de la derrota ferrocarrilera de 1958-1959, que era indispensable superar con el triunfo del Movimiento Estudiantil, pues la pérdida total de la independencia obrera había sido también la pérdida de la independencia política de todos aquellos grupos sociales deseosos de actuar en un ambiente democrático, al margen del monopolio ejercido por la elite del poder. De aquí el contenido avanzado, revolucionario y socialista del Movimiento del '68. No es un accidente en modo alguno: indica la profunda naturaleza histórica que tiene el camino que le falta todavía por recorrer. Su perspectiva espléndida.

4. Examinemos esto último dentro del marco de lo expuesto. El cometido desempeñado por el Movimiento del '68 como conciencia colectiva representó de modo más cabal, dentro de las condiciones existentes, lo que constituye la *universidad crítica*, que no es solamente el perpetuo manifestarse por las calles o el hacer pancartas. Eso está bien, pero no es todo. La universidad crítica es una conciencia colectiva, pero además es una conciencia de la cultura (en su sentido más amplio) que ha de asumirse en sus dos aspectos: como conocimiento y como transformación (esto es, precisamente como crítica) de la realidad.

Pero el término *conciencia de la cultura* parecería no indicar nada. Añadámosle el concepto de *totalidad*: totalidad de la conciencia de cultura, en el mismo sentido desmitificante y desenajenante en que se habla de *totalidad* de la filosofía, *totalidad* de la historia o *totalidad* del hombre. El hombre prehumano (Neandertal o Cromañón) es el hombre (y no estamos tampoco muy seguros de que no siga siendo prehumano como hombre actual); la historia es la realización y desrealización del transcurrir de sus momentos; la filosofía es el pensamiento abstracto racional que arranca desde Tales de Mileto —o antes— hasta Hegel y después. Es decir, la totalidad —su concepto— nos preserva de fetichismos, nos salva de los dioses, nos defiende contra la eternidad. El fuego de Heráclito, lo sabemos, se enciende y apaga, aquí y allá, en los más diferentes puntos del universo. Precisamente no es el fuego eterno; es, nada más, el fuego *total*. Las *no totalidades* nos enjaulan en el trazo de sus coordenadas, nos someten a un progreso o a un retroceso, a un subir a los cielos o a un descender a los infiernos, a un ir y venir, a un dar vueltas incesantes en torno de nuestra propia cola atómica de perros termonucleares.

Aquí reside, pues, el sentido que encierra la conciencia de cultura como totalidad y que resume todo el ser y el hacer de la universidad crítica. Penetrar el conocimiento —estético, filosófico, científico—, padecerlo, gozarlo (o incluso dejarse crucificar en su defensa), lo mismo con Sófocles que con Picasso; de igual modo con Heberto Padilla que con Jorge Luis Borges; lo mismo con León Trotsky que con Solzhenitsyn; en

igual forma con Descartes que con Bergson, con Marx que con Heráclito. No se trata de ningún eclecticismo: *se trata de la libertad*.

Universidad crítica y autogestión académica se revierten, así, en otros dos conceptos: conciencia libre y democracia cognoscitiva. No hay ninguna distancia entre ellos. Se nutren y sostienen mutuamente. La libertad de la conciencia tiene un sentido unívoco, no admite coordenadas, no acepta que la enjaulen, no puede vivir encerrada en el "apando". Nada de establecer la escisión maniquea de que hay una conciencia burguesa y una conciencia proletaria, una conciencia contrarrevolucionaria y una conciencia pura, una conciencia buena y otra mala. Estas no son sino puras majaderías puramente ideológicas que tratan de escamotear el problema de la conciencia racional y, por ende, de la crítica, mediante la manipulación subjetiva de oscuros sentimientos religiosos de la beatería seudomarxista. La democracia cognoscitiva constituye, precisamente, la democracia del conocimiento; el acceso del mayor número a las esferas del conocimiento, pero ante todo la confrontación de tendencias, la impugnación de situaciones, la lucha de clases.

Sin universidad crítica y sin autogestión académica la universidad, nuestra universidad, no podrá cuestionar a fondo, ni eficazmente, a la sociedad mexicana. Estos dos principios deben ser considerados básicamente con todo rigor académico dentro de la perspectiva de reformas a la educación superior, tarea en que ustedes y su comité de lucha, sin duda alguna, desempeñarán un gran papel.

## Nota

1 N. del E.: Este artículo fue escrito por Revueltas al salir de la cárcel el 13 de mayo de 1971. Se presume –por una carta– que es el texto de una conferencia dictada el 8 de junio de 1971 en el auditorio Che Guevara de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).